

se está trocando en una timba; quizás por eso mismo. ¿Puede imaginarse nadie que todo esto no ha influido en Melilla?

Esto no se corrige con la enmienda del alto mando. La enmienda tendría que ser universal, y como esta atrición no la sienten más que las almas escogidas, que, aisladas se saben impotentes, lo razonable sería que tratasen de encender en los pechos ajenos el dolor que les quema el propio, que es lo que hicieron los hombres del 98, que hablaron y no obraron, porque carecían de medios para obrar, pero que hablaban en la esperanza de que sus palabras acabarían por trasmutarse en actos, porque la palabra, o mejor dicho, el sentimiento que la anima, es también acción, pero acción diferida y a distancia, como lo prueba el hecho de que todas las grandes realidades históricas, como Italia, Alemania y el Imperio Británico, fueron sentimientos mucho antes de llegar a trocarse en realidades.

Como los ríos van al mar y la vida a la muerte, así las palabras que expresen un ideal digno de serlo acaban por convertirse en actos. Este es el postulado de los idealistas, su fe y su esperanza. La caridad, que es la acción, viene después: la fe es la raíz; la esperanza, la flor; la caridad, el fruto. Hablaron los hombres del 98 porque creían en la virtud de la palabra. ¿Por qué habla Unamuno, sino porque cree que su palabra no se pierde en el viento? Hace unos meses era moda motejar de demasiado críticos y pesimistas a los hombres del 98. Hace unas semanas, en cambio, echaban varios periódicos de menos hombres que fueran la expresión del dolor colectivo. Los hombres del 98 continúan quejándose. ¿Por qué callan los otros? ¿Por qué callan los jóvenes?

Uno de ellos me lo confesaba días atrás: «¿Y para qué el hablar? ¿Para qué sirvió lo que ustedes dijeron? Las cosas están ya fuera de la acción de los hombres. Siga su curso la fatalidad».

Contra este pensamiento escribo estas cuartillas. Todas las ideas son actos, por lo menos, en germen; pero hay algunas de acción instantánea y destructora, y ésta es una de ellas. Pensar que las ideas carecen de importancia no es solamente pensar una idea, sino anular el valor de las ideas y abandonar el hombre a su apetito. Decir que la fatalidad es inevitable es entregarse a su curso. Pensar que el esfuerzo es inútil equivale a renunciar a todo esfuerzo. Esto es lo que hay de perverso y diabólico en la interpretación económica de la historia; que no hay manera de persuadirse de que no hay otro motor que el egoísmo sin que como resultado de esta persuasión se

entronice el egoísmo en el corazón del hombre.

Costa se mostraba pesimista. No importa. Si hablaba es porque esperaba. Unamuno habla porque espera. El que se calla, en cambio, es porque nada espera. Hablo, naturalmente, de los que ven y sienten y se callan, porque no creen en la virtud de su palabra. Pero ¿en qué creen entonces?

El valor de un pueblo se mide exactamente por el número de sus hombres que se levantan contra la fatalidad. ¿Cuántos hay? ¿Cien mil hombres? ¿Ciento? ¿Diez? Pues esos mismos tiene un pueblo, ni uno más. Los demás no cuentan, mejor dicho, no hacen sino contar, porque de ellos se ocupan las estadísticas, que no tratan sino de la humanidad calculable, que es la entregada a la fatalidad.

¿Significará este silencio que toda España es políticamente fatalista? Porque no vale aducir que el silencio se debe a la previa censura de la Prensa. La censura podrá impedir, deberá impedir, que el celo reporteril revele el punto exacto en que estallan o no

estallan las granadas moras; pero jamás ha evitado la difusión de un ideal en un pueblo propicio a sentirlo. El mal de la censura, en nuestro pueblo, es el que le sirve de pretexto para abandonarse a su incuria política.

Ya es grande el silencio que rodea a nuestros hombres públicos. Ellos hablan (tampoco demasiado), y los demás escuchan. Lo bueno fuera que los demás hablasen y que ellos escuchasen e hiciesen. De todos los tormentos que se le quedaron olvidados a Dante, al enumerar los del infierno, no sería el menor el del hombre público que aplicase angustiosamente el oído al clamor nacional, y se encontrase en un país mudo. Es comprensible que don Francisco Silvela se retirase de la vida pública después de haber proferido la terrible sentencia de que España era un pueblo sin pulso. Yo no quisiera gobernar, Sr. La Cierva, en un pueblo donde los demás me dejasen decir todo. Me sentiría como niño perdido en el bosque. Y acabaría por callarme.

(El Sol. Madrid).

CONGRESO COOPERATIVO

Por ANTONIO ESCOBAR

New York, 30 de Setiembre.

LA Conferencia de Washington tendrá importancia, porque de ella podrá salir, dentro de pocos años una guerra; o desde luego, un estado de relaciones entre Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón, que garantice la paz general por un largo período; pero el Décimo Congreso Internacional Cooperativo ha tenido más importancia, en cierto sentido, como manifestación de un movimiento económico trascendental y benéfico.

Este Congreso, que debía efectuarse en Basilea, Suiza, 1915, no pudo haberlo, a causa de la guerra; se ha reunido, allí, ahora, en la última semana de Agosto y en él, 25 naciones han estado representadas por 1,200 millones de familias y 125 millones de habitantes. En algunos de esos países, como Dinamarca, Finlandia y Suiza, más de la mitad de la población forma parte de asociaciones cooperativas; en otras, como Alemania, Austria, Hungría e Inglaterra, un tercio; y en las demás, entre ellas los Estados Unidos,

ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos indiquen el cambio de residencia en estos meses de verano. Con ello nos ahorran muchos números que, extraviados, suelen perderse. Tiempo y dinero y reclamamos futuros nos ahorran con la atención que les pedimos.

la proporción es bastante menor, pero va en ascenso.

Los Congresos anteriores a este de Basilea, fueron los de: Londres, 1895; París, 1896; Delft, 1897; París, 1900; Manchester, el año 2; Budapest, el 4; Gremona, el 7; y Hamburgo, el 10; y Glasgow el 15. La iniciativa de estos Congresos se debe a la Alianza Internacional Cooperativa, que tiene por misión principal la propaganda y que es una Federación de las organizaciones cooperativas de muchas naciones.

Este movimiento comenzó muy modestamente hace setenta y siete años, en 1844, en Rochdale, ciudad fabril de Inglaterra, donde algunos obreros tejedores se asociaron para comprar más baratos los artículos de primera necesidad. No sospechaban, porque eran hombres sencillos, sin imaginación ni ciencia, que habían hecho al mundo el presente de una grande y fecunda idea. Ha ganado terreno, a pesar de la indiferencia de los políticos, que sólo en algunos países han reconocido su alcance, y contra la hostilidad de socialistas y comunistas, que siempre han combatido todo aquello que puede contribuir al bienestar de los pueblos sin destruir el actual sistema económico-social.

Se ha aplicado la cooperación, primero, al consumo al por menor; luego al por mayor; y ya hay sociedades